

# BOLETIN DOMINICAL

CONSAGRADO Á PROPAGAR LA SANTIFICACION DE LOS DIAS FESTIVOS.

DIRECTOR

D. ZACARÍAS METOLA, CANÓNIGO LECTORAL.

Y acabó Dios su obra; y reposó el día sétimo.  
Y bendijo el día sétimo, y santificólo.

Gen. Cap. II. v. 2 y 3.

Santificar las fiestas.

(Tercer mandamiento de la ley de Dios)

**Dominica 9.<sup>a</sup> despues de Pentecostés.**

—  
*Et ut appropinquavit,  
videns civitatem flevit su-  
per illam.*

LUC., cap. XIX, 41.

Y cuando llegó cerca,  
al ver la ciudad, lloró so-  
bre ella.

Iba Jesús á Jerusalem acompa-  
ñado de alborozadas muchedum-  
bres, y al ver la ciudad, lloró  
sobre ella diciendo: ¡Oh ciudad  
ingrata á quien tanto he amado  
y distinguido entre todas las ciu-  
dades! Si ahora que vengo á tí  
como Rey manso y humilde, lle-  
no de gracia, de bondad y mise-  
ricordia, si ahora que me acerco  
á tus puertas, llorando sobre tí,  
convidándote con la paz y con la  
salud cayeses en la cuenta, y ad-  
mitieses á tu Libertador que vie-  
ne á traerte infinitos bienes y glo-  
ria inmortal, ¿cuánta sería tu di-

cha? Pero no, no abrirás tus ojos,  
desdichada, permanecerás en tu  
ceguera, en tu obstinacion, é in-  
gratitud. Y esto dará ocasion á  
que vengan contra tí dias espán-  
tosos en que tus enemigos te cer-  
caran de trincheras, y te pondrán  
cerco: y te estrecharán por todas  
partes: y te derribarán en tierra  
y á tus hijos que moran dentro  
de tí, y no dejarán piedra sobre  
piedra, por cuanto no has que-  
rido conocer el tiempo en que  
has sido visitada, tiempo de sa-  
lud y de misericordia en que Dios  
te convida con su gracia, y per-  
fecta reconciliacion.

No quiso recibir al Salvador la  
ingrata Jerusalem. Vino Jesús á  
los suyos y no le recibieron.  
Anunció las catástrofes que ven-  
drian sobre ellos, el hambre, la  
peste, el asedio de la ciudad, su  
ruina total como consecuencia de

su ceguera y en justo castigo de su ingratitud, lloró el Salvador con afecto de compasión al ver la ciudad donde no quedaria piedra sobre piedra. ¿Quién no llora la desventura de los suyos? ¿Quién no siente dolor íntimo y compasivo al contemplar la inmensa desgracia de los pueblos obcecados, de las ciudades rebeldes, y de tantas almas disipadas, víctimas de engaños deplorables y esclavas de pasiones funestas?

No es otra la causa de las grandes calamidades que afligen á los pueblos; no es otro el camino por donde corren las almas á su eterna perdición, á saber; la rebeldía á las misericordiosas visitas del Señor, y la ingratitud á sus beneficios. Sin perder de vista el texto del Evangelio, explicaré con el auxilio divino el asunto propuesto.

—  
 ¿Por qué llora Jesús en su viaje á Jerusalem cuando todo un pueblo aclama y enaltece su nombre? ¿Por qué riega con su llanto aquel camino que la entusiasmada muchedumbre alfombra con sus vestidos, prorrumpiendo en gozosas aclamaciones? ¿Cuál es la causa de sus lágrimas divinas? El Evangelio está bastante explícito en su tenor y letra, y considerando su contexto, entenderé-

mos el motivo que arranca esas lágrimas misteriosas, de los ojos sacratísimos del Salvador. Y acercándose, al ver la ciudad, lloró sobre ella. ¿Pues qué vió Jesucristo, al aproximarse á Jerusalem? ¿Qué ha sucedido, ó qué vá á suceder en la ciudad de los profetas? Jesucristo prevee calamidades horrendas, conoce y penetra los sucesos futuros, el espantoso porvenir de la Jerusalem desconocida, de la ciudad ingrata, de la ciudad que mataba á los profetas, de la ciudad que no muy tarde habia de dar muerte afrentosa y cruel al Hijo de Dios.

Por eso llora Jesús, al ver la ciudad, porque la vé con vista profética, asediada por un ejército numeroso<sup>1</sup> y aguerrido, que viene á castigar sus horrendas iniquidades, la vé cercada, rodeada de fosos y de trincheras, derribados sus altos y espesos muros, incendiado su maravilloso templo, en tierra ella, humillada y destrozada, y sus hijos devorados por el hambre, la peste, ó la espada, sin que una piedra quede sobre otra. Y no solo vé este horrible cuadro, sino que vé y contempla la causa de ruina y desolacion, á saber; Y te derribarán en tierra, y á tus hijos que están dentro de tí, y no dejarán en tí piedra sobre piedra, porque

estás ciega, porque eres ingrata y estas desvanecida, porque no quisiste conocer el tiempo de tu visitación. Ya lo veis, hermanos míos: Jerusalen despreció la palabra de Jesucristo, ultrajó su humildad, escarneció su mansedumbre, y en vez de recibirle como libertador que venia á romper sus cadenas, como padre, amigo bienhechor que la visita en paz y misericordia, abriendo su corazón de amantísimo Redentor, y brindando con toda suerte de beneficios, se lanza sobre él como el tigre sobre manso cordero, desgarrá sus carnes con azotes, y lacerado con los golpes de mil sayones, le hace morir en patíbulo afrentoso entre dos foragidos. ¡Ingrata ciudad! ¡ciudad rebelde! ¡obstinada Jerusalen! Visítala Jesucristo, y no le recibe, llámala con acento amoroso y no le responde, llora sobre ella y no conoce el precio de su llanto, predice las desventuras que vendrán sobre ella, indica la causa de su ruina y no entiende ni vé, ni quieren conocer el tiempo de su visitación, *Abcondita sunt ad oculis tuis.* ¡Ay de los pueblos que no atienden á las visitas del Señor. ¡hay de los que niegan esas visitas, ó desconocen su motivo! De dos maneras nos visita el Señor! á saber: en misericordia, y en

justicia, con sus favores, y con sus castigos. No podemos eludir sus visitas; no podemos evitar su presencia. Si rechazamos ingratos sus visitas de amor, de compasión y de misericordia, tendremos que aceptar las visitas de su justicia, si no queremos recibirle como Padre amantísimo, tendremos que recibirle como juez inexorable. El ha de reinar sobre el mundo; si el mundo se revela contra el cetro de su amor, tendrá que someterse á la espada de su justicia.

Sobre nosotros descarga el Señor el peso de sus enojos porque no hemos conocido las horas en que nos visitó benignamente, en paz y en misericordia. Vosotros sabéis los extragos que causa el cólera en varias provincias de esta infortunada Nación; sabéis que Murcia, Alicante, Valencia, Toledo, Aranjuez, Zaragoza, Madrid y cien pueblos mas han sido visitados por la terrible epidemia, angel exterminador de las sociedades modernas, mas ingratas á su madre, la Iglesia católica, que los judíos á Jehova, mas rebelde á la paterna! soberanía de Jesucristo que Faraon al Dios de Moisés.

Testigos somos de grandes lutos que arrancan lágrimas del corazón, y no hay quien tenga

juicio y no llore sobre las ciudades como Jesús sobre Jerusalén, sobre las provincias invadidas, sobre las demás amenazadas, sobre las familias consternadas, sobre las dispersiones de los pueblos y el abandono de los negocios, de las casas y haciendas. ¿Y dónde está la causa y motivo de las horrendas calamidades que vienen afligiendo á esta desventurada nación? No es otra la causa sino nuestra rebeldía á la ley santa de Dios, la ingratitud á sus gracias y mercedes, el desprecio público y privado de la sapientísima y amorosísima providencia con que rige y gobierna á sus criaturas. Digan lo que se les antoje esos malos españoles, defensores de un *Naturalismo* desolador y de un *Fatalismo histórico* que nos llevan á los peores tiempos de la barbárie pagana, pero entiendan que hay un Dios en el cielo; que éste Dios vivo, personal, pródigo, justo, omnipotente, lleva en su manos las riendas del Universo; que los pueblos, los reinos y naciones lo mismo que los individuos viven sugetos á su eterna é inmutable soberanía; que la tierra con sus estremecimientos, los cielos con sus cataratas, las nubes con sus descargas eléctricas, los ríos y los mares con sus desbordamientos, el

aire, el calor, el frío, los vientos, el hambre, la guerra, la peste, todas las criaturas del Universo le obedecen sumisas y le sirven de instrumento para castigar la soberbia de los hombres y las insolencias de las naciones. Digan lo que quieran los que no creen en la Providencia de Dios, y los que despiden á Cristo del gobierno de la sociedad, ora le despidan blasfemando, como sayeros desalmados, ora doblando la rodilla, con *el ósculo* y el *ave* como villanos y traidores, esas rebeliones, ingratitudes y liviandades son la verdadera causa de nuestras tribulaciones y su origen hay que buscarlo en la justicia de Dios irritada por esas liviandades, ingratitudes y rebeliones.

Dios ha mirado, dice el profeta, sobre los hijos de los hombres, sobre los hijos de España, diré yó, y ha visto que la mayor parte son culpables de apostasía. *Omnēs declinaverunt*, culpables de ligereza y de ingratitud culpables de locura y desvanecimiento, culpables de haber abdicado el patrimonio de Cristo en cambio del liberalismo, patrimonio de Satanás, horrible patrimonio de errores, herejías, blasfemias, corrupciones, amarguras, desbordamientos de inmoralidad, violaciones del derecho, ruinas de todo

género y catástrofes horrendas con que el rey de los abismos atormenta á las naciones, sometidas á su tiránica dominación.

Y luego contemplad las insolencias de la tiranía, del vicio y del libertinaje que con escarnecida, la tiranía ha negado su autoridad, su su magisterio, hollado sus derechos, arrebatados sus derechos, reducida á la condición del reo, digo, y llevada como un reo de tribunal en tribunal, con las manos atadas á la espalda. Contemplad los desbordamientos del vicio, á la inmorolidad pública, y el libertinaje mas desenfrenado, exhibiéndose al público con un cinismo inaudito, en prueba y como triste señal de que vamos retrocediendo á los tiempos mas degradados del antiguo paganismo. La blasfemia, que es una respiracion del infierno, la violacion pública de los dias festivos, y el desprecio de la divina autoridad de la Iglesia, pecados son que suben hasta el trono de Dios, y provocan su justicia, pecados horrendos, que arrancan dolorosos gemidos á los Pastores de Israel, y contra ellos encarece nuestro vigilante Prelado que levantemos la voz y hagamos ver á los fieles que esos pecados son

hoy la causa principal de las calamidades públicas con que el Señor ofendido castiga nuestra ingratitude y nos excita á la penitencia. Si; levantaremos la voz como sonido de trompeta para mostrar á Israel sus extravíos y á la casa de Jacob sus prevaricaciones. Lloraremos sobre esta España infeliz como Jesús sobre Jerusalen la ingrata y tomando los dolores de sus hijos dolorosos y sus tiernos ojos, diremos á nuestra patria: ¿Dónde está la fé de tus mayores y la constancia en defender la fé que te legaron tus mártires y confesores? ¿Dónde está la pureza de costumbres que te enseñaron con su ejemplo tus grandes santos y tus fundadores santos? ¿Qué has hecho de los tesoros científicos y literarios, acumulados en tu seno, por tus grandes filósofos, por tus doctores y maestros de espíritu? ¿Dónde están aquellos hijos tuyos, que bajo la enseña de la Cruz vencieron en mil combates la barbárie del Coran, la barbárie de la Enciclopedia, y la barbárie de la impiedad? ¿Qué se hicieron tus grandes capitanes, tus piadosos monárcaes y tus nobles caballeros? ¿Qué has hecho de tanta fé, de tanta piedad, de tanta grandeza, de tantas riquezas cristianas, de tanto herois-

mo, de tantas glorias como heredaste de tus católicos y gloriosos ascendientes? ¡Ay de tí, corozain! ay de tí, Betsaida! porque si en Tiro y Sidon, ciudades gentiles, entregadas á la idolatría, á la voluptuosidad, á la vil ganancia, y corrompidas hasta lo increíble, se hubieran obrado los prodigios y hubieran sido visitadas por Jesús y su Madre como tus pueblos y ciudades, Tiro y Sidon se hubieran convertido. Y tú, Cafarnaum, tú, nación privilegiada, hija predilecta del catolicismo, tú serás confundida, porque si en Sodoma se hubieran hecho los prodigios que tu has presenciado, ellos se hubieran convertido y hubieran conservado la fé con lealtad y gratitud. ¡Ay de nosotros porque no estimamos los dones de Dios porque no conocemos el precio de sus visitas, y las horas de sus avisos paternales! Vendrán días de calamidad y de miseria, horas de amargura y desolacion. Ya vinieron, y no queremos confesar el pecado aunque sufrimos la pena. *Abscondita sunt ab oculis tuis*. Pues confesando, ó negando, con humilde arrepentimiento, ó con ciega obstinacion, ingratos ó reconocidos veremos lucir sobre nuestras cabezas el dia de Dios, ya que llegará el ocaso de nues-

vida, el fin de este dia nuestro, *in hac die tua* y entonces llegarán los sitiadores, nos pondrán apretado cerco, nos asaltarán por todas partes, y caeremos derribados por la fuerza de la muerte. Si en este tiempo de la misericordia que quiere hacer de nosotros hombres buenos y dichosos, no abrimos el corazon á sus inspiraciones, y no sufrimos las consecuencias que se originan del olvido de Dios, del vicio, de la torpe ingratitud y de la obstinacion temeraria.

No recibais en vano las visitas de Dios; ya es hora de enmendar antiguos yerros, y de emprender los caminos de Dios; ya es tiempo de pensar en el dia de mañana comenzando en el dia presente la obra de nuestra eterna salvacion. *Tempus faciendi, tempus faciendi*. Estad preparados, vigilad y orad, porque viene la muerte y despues de la muerte el juicio que se hará con infalible discernimiento y segun la inmutable justicia de Dios, recibiendo cada uno su merecido, por toda la eternidad, Amen.

---

#### VARIETADES.

---

La señora condesa de Hedwige (Eduvigis) de Chantillon, perteneciente á una de las distinguidas y cristianas familias

de Picardía, acaba de ser milagrosamente curada por la Virgen de Lourdes.

Padecía de un mal de estómago que los médicos no podían aliviar siquiera.

El domingo... y media, llena de... ferma fué llevada.

misa y recibió la... Después volvió al hotel á...

La que el día anterior estaba... bunda se levanta, y apoyada en el... de su marido da la vuelta de la piscina á pié y sin sentir el menor vahido.

El Dr. Peyret certifica el 2 de Junio que la curacion le parece tan completa como repentina.

Han verificado su entrada solemne en las respectivas capitales de sus diócesis, los nuevos Arzobispos de Toledo y Granada.

Ha llegado á Santiago de Galicia la primera peregrinacion al Santo Sepulcro compuesta de 3.000 personas.

El día 7 tomó el hábito en el convento de San Francisco de Santiago, el joven D. Santurnino Alvarez Bugallal, sobrino del difunto exministro del mismo apellido.

### LOS MIMOS.

La bondad *excesiva* en la educacion, la falta de carácter de las madres, suelen ser frecuentemente castigadas con los sinsabores que les acarrean despues sus hijos.

El hijo mimado y consentido en demasia suele dar mala vejez á los autores de su ser.

Malos frutos produce el rigor demasiado; pero muchas madres pudieran dar testimonio de cuán amargos son los que da la debilidad de carácter y excesiva blandura.

Madres de familia, Dios os ha dado el... pero tambien el entendimiento... cumplir vuestro importante y delicado...

### LAS PRIMERAS LÁGRIMAS de un condenado á muerte.

Un sacerdote salia de una de las cárceles de París.

Señor Cura, le dijo un carcelero; tenemos aquí un hombre condenado á muerte: muchos de la clase de V. han ensayado hablarle de religion, pero él se ha negado á escucharles: está furioso, quiere romper su cabeza contra las paredes, y ha sido menester encerrarle en un calabozo.... ¿Quiére V. verle? Vamos allá, respondió el sacerdote.

El carcelero le condujo por un corredor sombrío y subterráneo; abrióse una puerta, y vió á un desgraciado, tendido sobre una cama de hierro y cubierto con una camisa de fuerza. A la vista de una sotana, sus ojos se inflamaron, y gritó furioso:

¿A qué venis? ¿no he dicho ya que no quiero confesarme? Salid.... salid....

Pero, amigo mio, repuso el ministro del Señor: yo no vengo á confesaros; vos estais solo, os debeis fastidiar mucho, y vengo á daros un consuelo.

¡Enhorabuena! le contestó. Hace V. cara de buen hombre..... Siéntese aquí. Y le enseñó una gruesa piedra que había en un rincón del calabozo.

El buen Sacerdote no se lo hizo repetir, y aceptó el asiento. El preso le contó su historia. Era un joven de veinte y nueve años, de honrada familia. Su educación bien su educación religiosa había sido completamente descuidada. Hacía unos años llevaba una vida criminal, y al punto de ser cogido y sentenciado a la última pena. Cuando hubo terminado su historia, el Sacerdote ensayó hacérsela contar de nuevo en forma de confesión. Comprendiólo el preso y prorrumpió en horrorosas blasfemias. El Sacerdote solo pudo obtener de él la promesa de rezar todos los días el «acordáos piadosísima Virgen María.»

Muchas veces repitió el sacerdote sus visitas, pero todas eran estériles. El desgraciado preso estaba convencido de que sus crímenes eran demasiado enormes que no había misericordia para él, y que Dios no era tan compasivo que pudiera perdonarle.

Sin embargo, un día en que el infeliz contaba de nuevo su historia al sacerdote, convertido en su mejor amigo, le interrogó como se hace á cualquiera que se confiesa. Advirtiéndole el preso, pero no se opuso á ello: y cuando hubo concluido, el sacerdote le dijo:

Amigo mio, acabais de confesaros, y no os falta mas que un verdadero arrepentimiento.

Entonces cogiéndole las manos con ternura, le indujo á arrodillarse sobre la cama, invocó sobre su cabeza las bendi-

ciones de Dios, y con toda la simpatía y la caridad de un apóstol, conjuróle á detestar sus crímenes, y que por fin oyó escapársele de los labios un profundo suspiro seguido de las palabras:

¡Cuán bueno sois...! ¡Cuán buena es la Religión...! ¡Cuán bueno es el Dios...! ¡Cuán buena es la vida...! ¡Cuán buena es la muerte...! ¡Cuán buena es la eternidad...! ¡Cuán buena es la vida...! ¡Cuán buena es la muerte...! ¡Cuán buena es la eternidad...! ¡Cuán buena es la vida...! ¡Cuán buena es la muerte...! ¡Cuán buena es la eternidad...!

¡Cuán buena es la vida...! ¡Cuán buena es la muerte...! ¡Cuán buena es la eternidad...! ¡Cuán buena es la vida...! ¡Cuán buena es la muerte...! ¡Cuán buena es la eternidad...!

¡Cuán buena es la vida...! ¡Cuán buena es la muerte...! ¡Cuán buena es la eternidad...! ¡Cuán buena es la vida...! ¡Cuán buena es la muerte...! ¡Cuán buena es la eternidad...! ¡Cuán buena es la vida...! ¡Cuán buena es la muerte...! ¡Cuán buena es la eternidad...! ¡Cuán buena es la vida...! ¡Cuán buena es la muerte...! ¡Cuán buena es la eternidad...! ¡Cuán buena es la vida...! ¡Cuán buena es la muerte...! ¡Cuán buena es la eternidad...!

¡Cuán bueno sois, Dios mio, y cuán bella, y consoladora es la Religión...! Cuánto me pesa no haberlos conocido antes! no me vería en tan triste estado.

Y dejándose caer de rodillas y cogiéndose de la sotana del sacerdote le dijo:

Padre mio, acérquese mas, no se aparte de mi lado y oremos juntos, pues si rezo sólo, Dios no me escuchará.

Arrodillóse el sacerdote y mezcló sus lágrimas con las del criminal arrepentido. Algunos dias despues el desgraciado joven, lleno de resignacion cristiana, llevaba su cabeza á la guillotina, asistido hasta el último momento por su fiel amigo, que había obrado en su espíritu tan maravillosa transformacion.

(Revista Popular)